

## CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

<i>La caridad</i>	3	
<i>Michael Figura</i>	5	<b>El mensaje joánico del amor</b>
<i>Lucio Florio</i>	17	<b>El amor y sus fuentes. Mirada topográfica del misterio del amor</b>
<i>Julia Alessi de Nicolini</i>	25	<b>Testimonio: Las dimensiones de la caridad</b>
<i>Eduardo Gowland</i>	29	<b>Caridad y vida monástica</b>
<i>Dominique Poirel</i>	35	<b>Amor de Dios, amor humano</b>
<i>Jean Luc Marion</i>	47	<b>El conocimiento de la caridad</b>
<i>Santiago Kovadloff</i>	61	<b>Buber, oyente de Dios</b>
<i>Manfred Lochbrunner</i>	77	<b>¿En camino a una biografía de Balthasar?</b>

# El amor y sus fuentes. Mirada topográfica del misterio del amor

por *Lucio Florio\**

El misterio del amor ha ofrecido material para infinidad de ensayos, novelas, poesías y —en nuestro siglo— películas. Es evidente que se trata de una cuestión permanente y extremadamente vital para el ser humano. En este artículo quisiéramos aproximarnos a él desde un ángulo que podríamos denominar “topográfico” o, mejor aún, “cartográfico”<sup>1</sup>.

Comencemos con una premisa: el conjunto de la vida humana puede ser pensado a partir de una imagen, como por ejemplo la del teatro, o la del laberinto, etc. Esta posibilidad “figurativa” simplifica la comprensión abstracta que el hombre se formula —implícita o explícitamente—, sobre la realidad, permitiéndole visibilizar una concepción del mundo. Para nuestra reflexión, seleccionaremos la siguiente: el mundo como geografía. Es decir, partiendo del universo físico nos desplegamos al mundo humano, transfiriendo el lenguaje propio del análisis de la geografía, es decir, la cartografía o topografía<sup>2</sup>.

El ser humano, desde su nacimiento, ingresa en una geografía determinada. Esta es simultáneamente estática y dinámica: física y temporal. Ya que el ser en la historia es parte esencial de la naturaleza del hombre, también éste se encuentra históricamente situado. Es útil, pues, diseñar el mapa en el que

\*Prof. de Teología Dogmática en el Seminario de La Plata.

<sup>1</sup> Nos hemos inspirado para utilizar esta imagen cartográfica en el libro de Julián Marías, *Mapa del mundo personal*, Alianza Editorial, Madrid 1994 (2ª); también, al menos por su sugerente título, en un libro que cita Pavel N. Evdokimov, en *Teologia della bellezza. L'arte dell'icona*, Roma 1984, p. 237, donde dice que un tal Cosma Indicopleute, “...grande viaggiatore del VI secolo, nella sua Topografia cristiana dell'universo afferma che la terra è un quadrato lungo”.

<sup>2</sup> Por cartografía se entiende “el conjunto de estudios y operaciones científicas, artísticas y técnicas que intervienen a partir de las observaciones directas o de la explotación de una documentación, en el establecimiento de mapas, planos y otras formas de expresión, así como en su utilización” (Asociación Cartográfica Internacional, Unesco, París, 1966).

el hombre se mueve<sup>3</sup>. De esta manera, la localización cartográfica puede servirnos de punto inicial para una traslación analógica figurativa.

Situemos el tema que nos interesa —el amor— en esta cartografía. Lo situamos como un nuevo presupuesto, de la siguiente manera: el amor es algo inherente al ser humano y esencial para el desenvolvimiento como tal<sup>4</sup>. El hombre es un misterio de amor, sin el cual se vuelve para sí mismo alguien incomprensible. Esta premisa indica que la misteriosa fuerza amorosa es configuradora de sentido para el ser humano concreto. Sin ella, aún las conquistas personales y sociales más importantes, podrían diluirse y convertirse en logros no disfrutables. Cristianamente lo precisa San Pablo: “Si no tengo amor, no soy nada” (1Cr. 13,2).

Además, como lo señalaba San Agustín, el amor es un peso que inclina al sujeto en dirección del objeto amado, su fuerza de atracción lo pone en movimiento a través de la geografía, animándolo a transitarla<sup>5</sup>. En definitiva, lo inclina a hacer historia en el *topos* humano.

El habitar el universo por el ser humano, su misma configuración cultural, su “humanización” encuentran su raíz en innumerables actos de amor. El amor genera las historias individuales, pero también edifica la historia social. San Agustín señala que los dos paradigmas de ciudad brotan de amores distintos<sup>6</sup>. El amor es, pues, el que configura tanto la geografía como la cartografía.

Siendo tan fundamental para la existencia humana, el amor debe ser localizado; debe tener su *topos* y puede ser, por

<sup>3</sup> Por razones de espacio, no explicitamos la fundamentación de esta trasposición de lo geográfico a lo antropológico y teológico, apoyada naturalmente en la doctrina de la analogía.

<sup>4</sup> No entramos en el debate de lo que es el amor, sobre el cual existe en toda la historia del pensamiento infinidad de escritos. Lo utilizamos de una manera genérica, como inclinación hacia una realidad determinada. En nuestro camino “topográfico” iremos delimitando un poco más este concepto.

<sup>5</sup> En Agustín es claro que el hombre es movido esencialmente por su amor (cfr. E. Gilson, *Introduction a l'étude de Saint Agustin*, París (4<sup>a</sup>) 1969, p. 174).

<sup>6</sup> Otras citas interesantes de San Agustín, en las que asigna a dos tipos de amores la edificación de las dos ciudades, la de Dios o Jerusalén —originada en el amor a Dios— y la del hombre o Babilonia —cuya fuente está en el amor al mundo y a sí mismos—: “Duas istas civitates faciunt duo amores: Jerusalem facit amor Dei; Babyloniam facit amor saeculi” (*Enarr. in Ps. 64,2*); “Fecerunt itaque civitates duas amores duo; terrenam scilicet amor sui usque ad contemptum Dei coelestem vero amor Dei usque ad contemptum sui” “De viti. Dei”, XIV, 28).

consiguiente, "cartografiado". Esta localización geográfica no será una ubicación más, puesto que se trata de una realidad con características de fuente vital para el hombre. De esta manera, pues, la consideraremos: como *fuentes*.

Trataremos de situarla. En realidad, deberíamos utilizar el plural, puesto que el amor aparece como una fuente diversificada: son múltiples fuentes. La descripción que presentaremos inmediatamente no pretende ser taxonómica ni se asienta en ningún criterio preestablecido. Sigue un curso libre, aunque naturalmente supone la perspectiva iluminadora de la fe cristiana que agudiza la mirada, permitiendo detectar fuentes más profundas y discernir mejor las visibles por una mirada natural.

### **1. Fuentes personales: en el "yo" y en los "túes"**

El amor es, en primer lugar, algo que nace en el interior del ser humano. La antropología más clásica considera que es un acto de la voluntad, segunda potencia del espíritu humano. La voluntad quiere el bien que la inteligencia le presenta. Amar es, pues, tender hacia una determinada realidad considerada valiosa.

El amor, pues, puede ser localizado en la interioridad del yo humano. En este sentido, es claro que cuando hablamos de él nos estamos pronunciando sobre algo extremadamente personal. Amar es un acto humano, no un acto de hombre; implica el ejercicio de lo más íntimo y propio que tiene, a diferencia de otras acciones —como el respirar o el caminar—, que fluyen de un modo inconsciente.

Sin embargo, se hace también evidente la existencia de fuentes externas al yo en el fenómeno amoroso: el sujeto puro no basta para engendrarlo. En muchos casos, estas fuentes extrínsecas son realidades personales: otros seres humanos pueden ser percibidos como objetos valiosos, dignos de amor. Nos desplazamos ya del origen del acto de amor hacia sus objetos, bienes que son apetecidos por la voluntad humana.

Restringamos nuestra mirada al ámbito personal. La vasta producción de novelas, poesías y dramas —para no hablar de nuestros contemporáneos films y telenovelas— han sabido expresar el misterio siempre único del enamoramiento entre una mujer y un varón. En este caso, el "tú" diferente se trans-

forma en algo de una densidad presencial muy alta, cualitativamente distinta de otras presencias personales. Ese otro/a "tú" ingresa en el horizonte de un "yo" determinado como una fuente peculiar del amor, suscitándolo y a la vez orientándolo. De esta manera, una alteridad personal —proveniente del conjunto del mundo humano— aparece como generante de un dinamismo de amor en la persona. Un "tú" es fuente extrínseca del amor de un "alguien" concreto.

Esta fontalidad del prójimo humano que hemos detectado para el amor varón y mujer —en el tipo de amor clásicamente "erótico" o actualmente "de pareja"— también se manifiesta en otros tipos de relaciones: básicamente, en aquellas que denominamos genéricamente "amistad" y que conoce una variada gradación y tonalidades. Allí también la irrupción de un otro es ocasión para que dentro del sujeto humano despierte un movimiento hacia un alguien exterior, generándose una circularidad recíproca que se alimenta con el tiempo y con el trato. Relaciones como la paternidad-maternidad, la filiación, la familiaridad en general y el mero compañerismo son detonantes, en mayor o menor medida, de movimientos de amor.

## **2. Fuentes institucionales**

Un tipo particular de entidad personal son las instituciones. La patria, una escuela, un club, un movimiento o grupo, etc., son estructuras humanas objetivas, pero cargadas con un conjunto de valores, proyectos, historia, pasiones e intereses de raíz enteramente personal. No casualmente —aunque por motivos diversos— el derecho clasifica a varias de ellas como "personas jurídicas". Estas entidades despliegan analógicamente la característica de "personalización" que el sujeto humano individual incluye de forma natural.

Por esta razón, ellas —con evidentes diferencias de grado— son también fuentes para el amor humano. Nadie puede poner en duda las poderosas pasiones que han impulsado ideales como el de la nación, el de un movimiento político o social, el de una raza o religión; tampoco se puede evitar el pensar en sus sucedáneos actuales, como lo son los deportes. Todos estos entes colectivos y —en mayor o menor medida— personalizados actúan como poderosos movilizados y animadores del amor



ial muy alta, cualitativa-  
rsonales. Ese otro/a "tú"  
rminado como una fuen-  
a vez orientándolo. De es-  
proveniente del conjunto  
nerante de un dinamismo  
te extrínseca del amor de

ano que hemos detectado  
po de amor clásicamente  
también se manifiesta en  
en aquellas que denomi-  
e conoce una variada gra-  
rupción de un otro es oca-  
o despierte un movimien-  
ose una circularidad recí-  
y con el trato. Relaciones  
iación, la familiaridad en  
a detonantes, en mayor o  
or.

personal son las institucio-  
un movimiento o grupo,  
as, pero cargadas con un  
a, pasiones e intereses de  
mente —aunque por moti-  
rias de ellas como "perso-  
liegan analógicamente la  
e el sujeto humano indivi-

tes diferencias de grado—  
mano. Nadie puede poner  
n impulsado ideales como  
oolítico o social, el de una  
ar el pensar en sus suce-  
portes. Todos estos entes  
lida— personalizados ac-  
y animadores del amor

humano, en modalidades y expresiones que no es aquí el lugar para detallar<sup>7</sup>.

### 3. Fuentes cósmicas

Si este mundo fuera el mero fruto del azar, sería inútil indagar por un sentido bondadoso que lo oriente. Un big-bang ciego no podría generar sino un movimiento entrópico, fatalmente corruptor, por más giros de millones de millones de años de misteriosa complejización casual. Al final estaría la nada, lejana pero definitiva.

La teología cristiana, por el contrario, coloca el concepto de creación como clave fundacional de su cosmovisión. Dios hizo este mundo y vio que era bueno. La cuestión de por qué lo hizo ofrece vías de respuesta diversas, algunas antagónicas: para quienes estiman que este mundo está dañado irremediablemente, no puede hablarse sino de un terrible error divino; para quienes, por el contrario, valoran como un corrector y optimizador giro de timón el acontecimiento redentor de Cristo, subyace en una versión mejorada la convicción de que este mundo, a pesar de todo, es bueno. Para esta segunda opinión, el nervio central de interpretación pasa por el amor creador y redentor de Dios, transferido a este cosmos que es nuestro escenario.

Para la visión cristiana, el motor último de esta creación en proceso está el amor participado. Aún cuando resulta difícil conciliar esta convicción con el cruento panorama de lucha por la subsistencia que rige en el mundo natural, a partir del concepto más englobante de ecosistema surge la idea de un bien más alto que cubre a la totalidad. El bien está en el todo del proceso, parece concluirse hegelianamente.

¿Es la naturaleza una fuente de amor para el ser humano? Las miradas sombrías responderían que de ninguna manera: la destrucción y no el amor es la ley de la supervivencia. El mismo ser humano ha introducido una distorsión tal en el planeta Tie-

<sup>7</sup> Una objeción válida es la que distingue la pasión del amor. Un ente colectivo no despierta amor, sino que engendra un sentimiento de apoyo y entrega a una determinada causa. Tomamos amor en un sentido muy amplio, como el movimiento hacia una realidad personal —individual o colectiva— e, incluso, meramente obra personal —como la ciencia o el arte— que provoca un impulso —un *pondus*, un peso, diría San Agustín— hacia él. Como señalaba hace algunos años Ortega y Gasset: "...ese cálido y afirmativo interés nuestro en otro ser por él mismo, puede indiferentemente dirigirse a una persona femenina, a un trozo de tierra (la patria), a una clase de ejercicio humano: el deporte, la ciencia, etc." (*Estudio sobre el amor*, Madrid 1995, p. 92).

rra que ya no es posible un equilibrio puramente natural. Sin embargo, hay perspectivas más alentadoras, como las provenientes de ciertas ópticas ecologistas. A pesar de la evidente catástrofe, algunos esperan una nueva relación de la humanidad con el mundo natural, fruto de una conciencia de interacción con el medio y de respeto por sus leyes particulares.

#### **4. Fuente trinitaria**

El último intento por definir a Dios en el Nuevo Testamento es el siguiente: “Dios es amor” (1 Jn. 4,8); además, explícitamente se condiciona el conocimiento teológico a la experiencia de amor que tenga el creyente, puesto que “quien no ama no conoce a Dios” (ib.). De este modo se toca el núcleo fundante de toda vivencia de este sentimiento<sup>8</sup>: su raíz está en Dios mismo. Nuestra cartografía encuentra su topos radical de esta experiencia en el mismo seno divino: Dios es la fuente originaria del amor.

En tren de clarificar este mapa, es posible aún un paso ulterior. Es el que permite la información neotestamentaria —posteriormente profundizada y conceptualizada por la Iglesia— de que Dios es pluralmente uno. Jesucristo anuncia al Padre y al Espíritu Santo, con quienes vive en unidad de misión y de ser. La fe eclesial precisará posteriormente que Dios es uno y trino, que tres personas subsisten en la unidad sustancial divina.

Este núcleo fontal del universo es una comunión de personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La teología y la mística siempre han considerado —siguiendo las huellas de San Juan y de San Pablo— que esta relación íntima entre las personas divinas es una profunda vinculación de amor. De tal manera fue percibido, que San Agustín formuló esta expresión emparentando el mundo humano con el de Dios: “Ves la Trinidad si ves la caridad”<sup>9</sup>.

La llegada hacia este horizonte último de la topografía del amor permite un retorno diverso hacia los territorios iniciales. La experiencia de la eternidad amorosa de la Trinidad muta cualitativamente toda experiencia humana del amor, modifi-

<sup>8</sup> Consideramos al amor como sentimiento, aún cuando lo trascienda en un sentido más profundo. Pero esta expresión tiene mayor peso en el uso común.

<sup>9</sup> *De Trinitate*, VIII, 8, 2. Este aforismo se encuentra en la base de todas las especulaciones trinitarias de Agustín.

cando los ojos externos e internos para retomar las experiencias humanas de la amistad, la familia, la vecindad, etc. No se vuelve de la misma manera a los lugares humanos primarios.

### **Conclusión**

Esta aproximación topográfica al misterio del amor no ha pretendido sino recordar su dinamismo configurador para la vida humana y la necesidad de contar con él en cualquier intento de diagnóstico del presente y de previsión del futuro. Puede afirmarse que no existe mapa humano completo sin su coordenada. La geografía habitada humanamente se modela como cartografía en una enorme medida mediante esta fuerza misteriosa y poderosa, cuyo núcleo originario se encuentra en el corazón del hombre.